

JOSÉ ANTONIO DE ROJAS:

El primer
revolucionario

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Enrique Inda Goycoolea
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

1ª edición: enero de 2024

ISBN: 978-956-9956-74-4

Enrique Inda Goycoolea

JOSÉ ANTONIO DE ROJAS:

El primer revolucionario

La desconocida historia del
precursor de la independencia de Chile

En 1810 había muy pocos chilenos que fueran partidarios de la independencia absoluta de su patria. Solo podría citarse sin incurrir en yerro a dos personajes que se hallaban en este caso: don José Antonio de Rojas, en Santiago, y don Bernardo O'Higgins, en Concepción.

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR,
*El principio de la revolución de 1810
y el progreso de la idea de emancipación*

Índice

Introducción	11
PRIMERA PARTE: Algunos antecedentes (Estadía de Rojas en Perú y España)	13
SEGUNDA PARTE: Regreso a Chile (Los Tres Antonios)	59
TERCERA PARTE: España invadida (Prisión y destierro de Rojas)	107
CUARTA PARTE: La Patria Vieja.....	175
QUINTA PARTE: Destierro y muerte	267
Epílogo.....	291
Bibliografía.....	296

Introducción

La silenciosa, pero destacada, actuación de don José Antonio de Rojas en la independencia de nuestro país es demasiado importante para que pase al olvido.

Si bien el aporte de este patriota al proceso independentista de Chile —así como el de otros de sus precursores— está rodeado de bruma y misterio, no por eso deja de ser admirable.

Lo que se conoce de su vida es poco. Parte de ella ha quedado en la sombra. La oscuridad y falta de datos ha perjudicado notablemente su prestigio.

Rojas no era un hombre audaz, pero sí de ideas consideradas extremas; no era parte de una conspiración, pero sí las apoyaba; no participó en ninguna de las muchas acciones militares de su época, pues era un civil de tomo y lomo. Por lo tanto, no estuvo en batallas ni escaramuzas, no blandió nunca un sable, no portó una pistola ni disparó un fusil.

Quería hacer cambios para construir en Chile una sociedad fructífera y para eso se reunía con quienes compartían ideas que a los monárquicos les parecían “perversas y peligrosas”.

Hasta donde he podido averiguar no hay una biografía de este inquieto señor, sino un conjunto de noticias e informaciones dispersas, unas más extensas que otras, referidas a su existencia.

La historia que se enseña en colegios y liceos lo ignora.

Los historiadores que han dedicado sus obras o parte de ellas al período de la independencia de Chile lo citan. Ninguno deja de hacerlo. Unos le dedican pocas líneas; otros cierto número de páginas, y los menos, una breve relación de su vida.

PRIMERA PARTE

Algunos antecedentes

Estadía de Rojas en Perú y España

1

Don José Antonio de Rojas y Urtuguren, a quien en adelante apellidaremos Rojas, eliminando el “de”, nació el año 1742 en Santiago, capital del reino de Chile, en el hogar de una familia acomodada o, como dicen por ahí, “en cuna de oro”.

Era hijo del rico comerciante y agricultor don José Andrés de Rojas La Madriz, a quien algunos mencionan como La Madrid, y de una señora “de buena casa”, doña María Mercedes de Urtuguren y Calderón. El primero había nacido en Santiago el día 6 de diciembre de 1692 y se desconoce cuándo llegó al mundo la segunda.

Según informan los genealogistas era este el segundo matrimonio de don José Andrés, quien antes de casarse con María Mercedes había enviudado de doña Catalina Cecilia de la Cerda Carbajal, con quien tuvo cuatro hijas: Rosa, María Mercedes, María Loreto y Catalina, por lo tanto, podría decirse que don Andrés era “chancletero”, y que siguió siéndolo, pues con doña María Mercedes tuvo siete hijas y tres hijos. Los nombres de ellas fueron Manuela, María Josefa, Mariana, Rosa, Ana Josefa, María Andrea y María Mercedes. El mayor de los hijos fue nuestro biografiado, lo que según las leyes coloniales lo convertiría en mayorazgo, por ser el primogénito de su familia y, por lo tanto, con derecho a heredar todos los bienes de sus padres para evitar que estos se desvaloraran o perdieran, sino que se incrementaran. Con los nombres de José Manuel y Agustín fueron bautizados los otros hermanos.

A su vez, don José Andrés tenía dos hermanos, Gregorio y Andrés Domingo, y una hermana de nombre Juana.

Es digno de destacar que, cuando nació José Antonio, su padre, además de agricultor y comerciante, era maestro de campo, ergo un rango militar, regidor y alcalde ordinario del Cabildo de Santiago y, por lo tanto, considerado un hombre digno del mayor respeto y admiración por la sociedad santiaguina de entonces.

Siendo José Antonio casi un niño, su padre le compró el cargo honorífico de cadete de una de las Compañías de la Frontera, destinadas a la defensa de la plaza de Santa Juana, ubicada en la ribera sur del Biobío, río que entonces era considerado el límite sur entre el reino de Chile y el territorio ocupado y dominado por pueblos araucanos.

*

El año 1755, cuando Rojas tenía trece años, llegó a Chile un nuevo gobernador, capitán general y presidente del reino. Lo primero por ser el jefe de Gobierno, lo segundo por serlo del Ejército y lo tercero por presidir la Real Audiencia, institución colonial encargada de administrar justicia y cuyos miembros, la mayoría abogados o expertos en leyes, se denominaban oidores.

Era la nueva autoridad don Manuel de Amat y Junyent Planel·la Aymerich y Santa Pau, nacido en Barcelona el año 1704 y, por lo tanto, cuando arribó a Chile había cumplido cincuenta y un años. Descendía de una aristocrática familia española radicada en Cataluña y uno de sus mayores méritos era lucir los grados de general y mariscal de campo, pues había participado en varias acciones bélicas, destacándose en la del año 1743, en el sitio de Gaeta, asedio perpetrado durante la guerra de sucesión polaca que duró cuatro meses.

Amat y Junyent había sucedido en el cargo a don José Antonio Manso de Velasco, quien, tras gobernar el reino de Chile durante seis años y medio, fue designado virrey del Perú. Manso de Velasco se había destacado por fundar nueve villas en Chile, las que años después se convertirían en ciudades: Nuestra Señora de los Ángeles, San Felipe, Nuestra Señora de las Mercedes de José de Manso de Tutuvén (hoy Cauquenes), San Fernando de Tinguiririca, San Agustín de Talca, San José de Logroño (hoy Melipilla), San José de Buena Vista (hoy Curicó), Santa Cruz de Triana (hoy Rancagua) y San Francisco de la Selva (hoy Copiapó). Se preocupó dicho gobernador por el desarrollo de

la ciudad de Santiago e inició la construcción de tajamares en el río Mapocho para evitar el desborde de sus aguas, las que en más de un invierno habían causado grandes estragos.

Su sucesor, el barcelonés Amat, continuó la construcción de dichos muros de contención, instaló un mercado de abastos en la plaza Mayor y organizó el primer cuerpo de policía de Santiago, al que bautizó con el nombre de Dragones de la Reina, en homenaje a la soberana española de entonces, Bárbara de Braganza, esposa del rey Fernando VI.

*

El año 1756 figuraba el joven Rojas, entonces de catorce años, como alumno interno del Real Convictorio de San Francisco Javier, institución regentada por la Compañía de Jesús, financiada por familias de rango a través de becas y por las pensiones que pagaban las familias por sus alumnos. El año que Rojas estudió, lo hizo junto a otros cuarenta y cinco jóvenes. Entre ellos, destacaron después: Vicente Carvallo y Goyeneche (cronista y militar chileno, autor del *Diccionario biográfico colonial de Chile*); Manuel Matías de Valdivieso y Herrera (alcalde de Santiago el año 1789, partícipe de la comisión de reconocimiento de la Junta de Gobierno de 1810 y uno de los firmantes del Reglamento Constitucional de 1812); Diego José de Fuenzalida y Sierra (sacerdote jesuita, quien tras la expulsión de la Compañía de Jesús fue destinado a la ciudad de Ímola, Italia, donde el año 1783 se doctoró en teología y publicó una polémica obra literaria con el seudónimo Doctor Furniez, eclesiástico de Turín); y Pedro de Vivar y Azúa (sacerdote, doctor en teología, político y primer presidente del Senado chileno entre los días 10 de noviembre de 1812 y 10 de marzo de 1813).

*

El 4 de agosto de 1759, Manuel de Amat distinguió al joven José Antonio Rojas nombrándolo capitán de caballería del Batallón

de Santiago. Los grados militares de entonces eran honoríficos y se entregaban a españoles y criollos de familias consideradas “principales”. Se les permitía vestir uniforme, forma llamativa de distinguirse de los civiles “comunes y corrientes”. El mismo valor se le asignaba a las condecoraciones o medallas que tanto les gustaba exhibir en sus pecheras.

No quiso don José Antonio destinar los mejores años de su juventud al combate contra los “indios indómitos”, en la cruenta guerra en el sur que llevaba más de dos siglos. En vez de verse obligado a padecer las penalidades propias de la milicia, decidió matricularse en la Universidad de San Felipe, bautizada así en honor de su creador, el rey Felipe V.

Estaba dicha casa de estudios ubicada en la esquina suroriente de las calles de San Antonio y de las Agustinas, donde hoy se encuentra el Teatro Municipal de Santiago, a pocos metros de la casa de la familia Rojas Urtuguren, erigida en la intersección norponiente de dichas calles.

Antes de que se fundara esa casa de estudios, los hijos de las familias adineradas enviaban a sus hijos a la Real Universidad de San Marcos de Lima y, cuando el año 1758 se inauguró en Santiago la de San Felipe, pudo la gente de alcurnia y otras “de regular pelaje” inscribir en ellas a sus hijos. Si bien al principio mostraron escasa motivación para que sus vástagos pisaran esas aulas, con el paso del tiempo estimaron que la obtención de títulos y grados agregaba a sus blasones un signo más de distinción, mientras que para los no tan distinguidos constituía un ascenso en la escala social.

Los rectores debían lidiar con el poco interés de los alumnos y la escasez de profesores. Hubo padres que retiraron a sus hijos, mientras el rector solicitaba al gobernador que aprobara reformas para mejorar la calidad de la enseñanza.

*

Al comienzo no tenían los alumnos interés por aprender ni los maestros por enseñar. El número de matriculados no “iba a la

par” con el interés de los alumnos por ilustrarse, situación a la que se sumaba la escasa instrucción que ya tenían.

En el alumnado predominaba la flojera y la indolencia. Escuchar, escribir y leer les cansaba, mientras los profesores “se cabeceaban” para entusiasmar a sus pupilos, cuyo único motivo era figurar en la lista de egresados.

La Universidad no contaba con iluminación y el rector debía solicitar que se confeccionaran candeleros porque cuando terminaban de noche las reuniones del claustro, en las que participaba el rector, consejeros, doctores y graduados, pedían prestadas velas a los vecinos. Al principio no contaban con tinteros ni bancas en los corredores del patio para esperar el inicio del claustro, situación que también afectaba a los alumnos cuando aguardaban para entrar a sus aulas.

Los rectores querían innovar pero solo contribuían a “desordenar más el naípe”. Los archivos no eran tales y se reducían a tener ese nombre, se confundían los grados teológicos con los filosóficos, se foliaban mal los libros, las cartas se guardaban al azar.

A pesar de tanta mediocridad y abandono, alumnos y profesores insistían en permanecer en esa casa de estudios. No para estudiar y ampliar sus conocimientos, sino que principalmente para forjarse una posición en el mundo universitario, nuevo escalafón social cuyo interés era sobre todo proteger sus espacios de poder y proyectar sus redes de influencia.

Un año antes que esa institución abriera sus aulas, el año 1757, la demanda por asistir a ellas era auspiciosa: en Filosofía figuraban ciento cuatro postulantes, en Teología ciento ochenta y cinco, en Cánones y Leyes ochenta y nueve, en Matemáticas quince, en Medicina siete, en Física uno y en Lógica también uno.

A José Antonio Rojas no le atrajo estudiar las materias que más les interesaban a los estudiantes y a sus familias, sino que prefirió seguir los cursos de Matemáticas y Física, en los que según consta obtuvo notables calificaciones.

Es probable que desde entonces cultivara Rojas un particular interés por las ciencias exactas y naturales.